



---

# ¿DECLARÓ ELENA G. DE WHITE QUE LOS GENES DE TODAS LAS RAZAS ESTABAN EN ADÁN?

---

*Una amiga mía dijo que había leído en algún lugar de un libro de Elena G. de White que los genes de todas las razas estaban en Adán, sin embargo, ella no recuerda exactamente dónde leyó eso. ¿Existe tal declaración?*

No conozco ninguna declaración de la señora White que haga la observación que usted indagara. Es una declaración sorprendente, ¿verdad? Ese mismo hecho me hace pensar en que si hubiera venido realmente de la señora White, sería muy conocida.

Pero aunque la señora White no hiciera una declaración de que los genes de las diferentes razas estaban todos en Adán, sostuvo claramente la hermandad plena de toda la humanidad.

Cristo vino a esta tierra trayendo un mensaje de misericordia y perdón. Colocó los fundamentos para una religión en la cual judíos y gentiles, negros y blancos, libres y siervos, estuvieran unidos por una hermandad común, reconocidos como iguales a la vista de Dios.— *Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 214.

Dios no reconoce ninguna distinción por causa de la nacionalidad, la raza o la casta. Es el Hacedor de toda la humanidad. Todos los hombres son una familia por la creación, y todos son uno por la redención. Cristo vino para demoler todo muro de separación, para abrir todo departamento del templo, para que cada alma pudiese



tener libre acceso a Dios. [...] En Cristo no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre. Todos son atraídos por su preciosa sangre. — *Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 27, p. 318.

La religión de la Biblia no reconoce casta ni color. Ignora el rango, la riqueza y el honor mundano. Dios estima a los hombres en su calidad de hombres. El carácter es lo que define su valor. Y debemos reconocer el Espíritu de Cristo en cualquier persona en que se manifieste.— *Testimonios para la iglesia*, t. 9, p. 179).

Las paredes divisorias del sectarismo, las castas y las razas se desplomarán cuando el verdadero espíritu misionero entre en los corazones de los hombres. El prejuicio es eliminado por el amor de Dios.— *Review and Herald*, 21 de enero de 1896; *The Southern Work* [La obra en el sur], 1966 ed., 55.

Se han erigido paredes de separación entre los blancos y los negros. Estas paredes de prejuicios se desplomarán tal como las murallas de Jericó, cuando los cristianos obedezcan la Palabra de Dios, que ordena amor supremo al Hacedor y amor imparcial al prójimo.— *Review and Herald*, 17 de diciembre de 1895; reeditado en *The Southern Work* [La obra en el sur], 1966 ed., p. 43.

Cuando el Espíritu Santo inunde las mentes humanas, desaparecerán de ellas todas las quejas y las acusaciones mezquinas que ocurren entre los hombres y sus semejantes. [...] En nuestro culto a Dios no debe existir distinción entre ricos y pobres, ni entre blancos y negros. Debe eliminarse todo prejuicio. Cuando nos acercamos a Dios, debemos hacerlo como una sola hermandad.—*Review and Herald*, 24 de octubre de 1899.

Los ojos de Dios están sobre todas sus criaturas, él las ama a todas, y no establece diferencia alguna entre el blanco y el negro; la única diferencia que hace consiste en tratar con especial y tierna compasión a los que tienen que soportar cargas más pesadas que otros [...].



Cualquier miembro de la familia humana que se entregue a Cristo, quienquiera que preste atención a la verdad y la obedezca, llega a ser hijo de una misma familia. Los ignorantes y los sabios, los ricos y los pobres, los paganos y los esclavos, los blancos y los negros: Jesús pagó por todos ellos el precio de sus almas. Si ellos creen en él, su sangre purificadora se aplica a ellos. El nombre del negro queda escrito en el libro de la vida junto al nombre del blanco. Todos son uno en Cristo. El nacimiento, la posición social, la nacionalidad o el color no pueden elevar o degradar al ser humano. El carácter es lo que hace al hombre. Si un piel roja, un chino o un africano entrega su corazón a Dios, con obediencia y fe, Jesús no lo ama menos debido al color de su piel. Llama a todos sus hermanos amados [...].

Los seres humanos tienen prejuicios heredados y cultivados, pero cuando el amor de Jesús llena el corazón y ellos llegan a ser uno con Cristo, no se ofenderán ni lo despreciarán. Van viajando hacia el mismo cielo y se sentarán en la misma mesa para comer pan en el reino de Dios. Si Jesús mora en nuestros corazones no podemos despreciar a los de color que tienen al mismo Salvador morando en su corazón.— The Southern Work [La obra en el sur], 1966 ed., pp. 12-14.

Obtenido de:



101 Preguntas Sobre Elena G. White y sus escritos

Autor: William Fagal

ISBN 978-1-61161-130-4

1<sup>era</sup> Edición: mayo 2013

Página: 168-170